

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Carmen Renal Vizcarro, 86 años

Sergio Barreda Coy, 19 Años

MOMENTOS EN EL OLVIDO

Carmen tuvo una vida asombrosa, sin embargo hay veces que la memoria nos juega malas pasadas. La protagonista de esta historia no puede recordar todo lo que vivió, pero tras la vida que ella cree haber dejado de lado se encuentran momentos que se deben rescatar.

El día que conocí a Carmen me dijeron que tenía un gran reto para conseguir que ésta me contara la historia de su vida. Al principio no entendí el porque, sin embargo enseguida me dijeron que Carmen tenía una enfermedad que no le dejaba recordar ciertas partes de su vida. Sí, el Alzheimer se había convertido en su compañero desde hace algunos años, pero a pesar de esto nada más conocerla supe que lo podía conseguir, pues la vitalidad que desprendía y la simpatía que despertaba en aquellos que pasaban por su lado me valían para rescatar esos recuerdos desvanecidos en su mente. En esos momentos me sentía cual capitán de barco que en medio de una tormenta lucha para llegar a su destino contra viento y marea. Ese era mi reto, conseguir que los momentos de la vida de Carmen salieran a la luz, y así poder contar la historia de esta almazorina de 86 años.

Corría el verano de 1921 y en uno de los pequeños pueblos de la provincia de Castellón nacía una niña con rasgos marcados y las rabieta de cualquier bebe de su edad. Los primeros años transcurrieron felices junto a sus padres, pero Carmen creció y junto a sus hermanos comenzó a salir a jugar por las añejas calles del pueblo. Eran otros tiempos, los jóvenes se conocían prácticamente todos y conseguían distraerse con cualquier cosa. Sin embargo, la infancia no duraba lo mismo que ahora, pues las familias necesitaban que sus hijos trabajaran para poder salir adelante. En el caso de Carmen, el campo era el trabajo que sus padres le habían recomendado, pues era una faena a la que la mayoría podían acceder. En sus ratos libres, ésta seguía viéndose con sus amigos y mientras la juventud afloraba, también lo hacían los sentimientos hacia Ramón, un jovenzuelo de su grupo, que pronto comenzaría a ser algo más que un amigo.

Los días pasaban, y lo que en principio parecía ser una amistad, se había convertido en una relación de complicidad, de sentimientos y sobre todo de amor. Entrados en el 1939, en una mañana soleada y calurosa Ramón sorprendió a Carmen, con un anillo, que sin duda simbolizaba el compromiso. Tras la boda, todo pareció ir como lo tenían previsto, los dos tenían trabajo y por eso se habían podido comprar una pequeña casa junto al Ayuntamiento, muy cerca de los padres de los dos. Y como cualquier matrimonio el deseo de tener hijos brotaba por todas las paredes del hogar, y en poco tiempo, ya corrían y jugaban por la casa las dos hijas y el pequeño varón de la familia.

Cuando Carmen se levantaba por las mañanas y tenía que irse a trabajar, se preocupaba por sus hijos, ya que por unas horas se quedaban sin su cuidado y sin los caprichos que una madre les podía dar. Sin embargo, responsable como ninguna otra, dejaba en manos de la vecina sus meriendas para que cuando salieran del colegio pudieran ir allí a por ellas. La pareja, harta del duro trabajo que realizaban, decidió montarse un pequeño negocio y lo que en principio pareció siendo una humilde panadería de barrio, se convirtió en una de las más conocidas del pueblo de Almazora. Pastas, pan y otros productos se hacían cada mañana con la obligación de complacer a sus clientes más conocidos. La panadería se había convertido en el negocio familiar en el que se concentraban todos los esfuerzos.

El tiempo paso y los hijos del matrimonio se preocuparon por estudiar sus carreras universitarias, lejos del deseo de sus padres de que estos continuaran con el negocio familiar. Así pues, con los años entrados se vieron con la necesidad de tener que cerrar la panadería que tanto esfuerzo les había costado adquirir.

Los años como jubilados se vieron envueltos en un sinfín de conversaciones. Carmen sentía que por primera vez podía charlar tranquilamente con su marido, sin las preocupaciones características que conlleva mantener un hogar. Pero el ciclo de la vida finalizó para Ramón y con su muerte, la tristeza que provocó en su mujer perduraría una larga temporada. Con el paso del tiempo, la vida le otorgo un cambio, al poder entrar en un centro para ancianos donde compartiría momentos con personas de su misma edad y las mismas afinidades.

Recordar, compartir, aprender

Durante su estancia en éste, Carmen ha seguido con la misma vitalidad de siempre. Cree haber encontrado a su verdadera amiga, a la cual, obsequia con caramelos una vez a la semana, que coge de un pequeño bote que tiene en la despensa de su casa. Carmen está feliz, consigue distraerse mientras habla con sus compañeros, aunque en ocasiones, tal y como pude comprobar, es difícil establecer una larga conversación con ella. Sin embargo, su enfermedad no le impide desarrollar sus aficiones más interesantes como es pintar paisajes u otros menesteres.

Para la protagonista de nuestra historia, muchos han sido los momentos inolvidables que ha vivido tras sus ochenta y seis años. Momentos que parecen encontrarse en medio de un laberinto sin saber encontrar la salida, pero que a menudo, sin darse apenas cuenta, salen a la luz. Son recuerdos de la vida, recuerdos que nunca se olvidan y por eso merece la pena recordarlos. Pasar horas y horas junto a Carmen me ha hecho reflexionar... reflexionar sobre las pequeñas cosas de la vida que dejamos pasar y divagar por nuestra mente sin almacenarlas en ella. Carmen Renau me ha demostrado lo que es la verdadera lucha, una lucha que radica en intentar recordar los esos momentos especiales, los “momentos en el olvido”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Intenté preguntar un sin fin de datos a mi compañera de concurso, sin embargo, en la mayoría de las ocasiones ésta se reiteraba contándome las mismas cosas a consecuencia de su enfermedad. A pesar de esto pude comprobar lo importante que había sido la vida para ella. A sus 86 años, sigue con la misma vitalidad que tenía cuando era joven, sabe disfrutar de su alrededor y desprende una simpatía excepcional que hace despertar una sonrisa a los que pasan por su lado. Médicos, familiares y amigos que acompañan a Carmen en el camino de la vida saben que ésta está dispuesta a aprovecharse de las oportunidades que se le cruzan. Desde mi punto de vista, para Carmen, lo importante de la vida, es seguir disfrutando de ella y poder mantenerse tal y como está. Metafóricamente hablando creo que la vida de Carmen ha sido como cualquier juego de azar, en el cual, muchas veces ganas y otras pierdes pero sin duda pones empeño para salir vencedor. No se si la protagonista de nuestras historia habrá tenido una vida de rosas, seguramente no... pero sin duda los años le han hecho quedarse con los mejores momentos, los momentos que le han permitido asimilar lo importante que es la vida.